

más destacados de la reciente generación de poetas chilenos. Su juventud, su vocación y su insobornable entusiasmo y lealtad consigo mismo, lo conducirán lejos.—*Gonzalo Drago.*



“GENTE DE MI TIEMPO”, editorial Nascimento, y “PAISAJES Y GENTES DE CHILE”, editorial Zig-Zag, dos libros de Luis Durand

En el brevísimo lapso de dos meses, Luis Durand ha lanzado a circulación dos libros de extraordinaria amenidad que han, lógicamente, encontrado en el público la amplia acogida que ellos se merecen. Durand se ha colocado de esta manera a la cabeza de la actual generación de novelistas chilenos en lo que a fecundidad se refiere; ya estaba en la primera fila en algunas otras virtudes y cualidades.

*Gente de mi tiempo* es un libro directo, ingenioso, lleno de humor y de espontaneidad, de una importancia documental inmensa para los futuros historiadores o cronistas de la vida literaria chilena en esta primera mitad del siglo. Es una obra de *petite histoire*, en lo mejor que este difícil género posee. La capacidad de narrador, de hombre que “sabe contar” una anécdota y sacar el zumo profundo de un episodio aparentemente insulso, la muestra y demuestra Durand en cada página de esta obra. En el denso y movido desfile de caracteres y figuras que como en una cinta cinematográfica pasan y repasan ante los ojos del lector, aparecen las características esenciales de la *intelligentzia* chilena en sus aspectos positivos y negativos. El cuadro no es, en general, halagador para los hombres de pluma. La generosidad del autor, que hubiera querido seguramente poner de relieve grandeza allí donde la haya, pasión artística, benevolencia de juicio, ecuanimidad y otras cualidades positivas, encuentra poco campo donde derramarse. A pesar de la bonhomía de Durand y del tono ligeramente socarrón, un sí es no

es sentimental y a ratos oscilando entre lo anatolesco y lo rabelesiano, la impresión que el hombre de la calle extraerá de estos cuadros íntimos de las tertulias literarias santiaguinas, será más bien mezquina y prosaica. No es culpa de Durand, ciertamente, que la impresión resulte así: él es un escritor realista, de aquellos que como Stendhal, "pasea su espejo a lo largo de los caminos de la vida". Pero no culpemos tampoco a los escritores, poetas y críticos de ser como son: es Chile todo entero quien está hecho de esa fibra. Es nuestra raza, moldeada por el paisaje frío y nebuloso, y amargada constantemente por las precarias condiciones de la existencia. En tal sentido, este libro de Durand retrata no sólo a un gremio, a una clase, sino al pueblo chileno mismo cuando es desarraigado de sus campos, playas y montañas.

Es por eso que, como contrapunto, es bueno leer inmediatamente después *Paisajes y gentes de Chile*, en que Durand nos pinta el campo y la provincia de la patria. Lejos estamos aquí del café, del corrillo, del cenáculo y de la calle santiaguina. "En la clara tarde del sur los lomajes ondulan con suavidad de terciopelo. Un estero de aguas quietas y transparentes se desliza murmurando sobre su lecho de arenas doradas. Chilcos y arrayanes bordean sus orillas, y allí los chiquillos del pueblo vienen a mojar los pies. Se internan entre la frescura de los montes en donde los pájaros nuevos se arrullan con píos que se repiten dulces e insistentes. Los niños gritan y cantan y sus canciones se prolongan con eco misterioso y claro en la lejanía..." Esto es el anticlimax de la calle Ahumada; lo primitivo y simple del alma chilena colectiva. Pero también esos niños crecen y aprenden a beber y a manejar el cuchillo y a vociferar la palabra soez. Y entonces lo primitivo se transforma en primario y tenemos de nuevo una visión negativa de la patria. Lo admirable en Durand es que él capta todas estas impresiones agresivas y destructoras ya sea en el campo o en la ciudad y al pasarlas por su alquimia de escritor las sublima y baña e ilumina con una luz de bondad. Aun las peores escenas y los más mezquinos caracteres que Luis

Durand nos entrega en sus obras, aparecen inofensivos, inocentes, moviendo más bien a piedad que a ira, a compasión que a venganza.

El lector que frecuenta a Durand puede formarse al través de sus libros una idea cabal y exacta de cómo él es en la vida: un espíritu generoso a quien las muestras de afecto emocionan y al cual las injusticias amargan brevemente pero nunca emponzoñan. No hay sitio para el rencor y el resentimiento en el alma de este escritor, tal vez el más humano de todos los de la presente promoción. Si el estilo es el hombre o el hombre es el estilo, júzguese y gócese en ambos casos por igual este fragmento: "He caminado toda la tarde por entre la montaña. A cada rato este sendero estrecho se corta, y, a veces, como la raíz de un árbol, termina junto a un roble gigante. Pero, ya sé. Todos esos caminos de la selva juegan a los laberintos. Los trancos lentos de los bueyes montañeros trazaron cien rutas que se detuvieron junto a los quilantos tiernos, y como una red caprichosa sólo sirven después para extraviar a los caminantes..."

Pero Durand no extraviará su camino; pues él —como en el mejor de los relatos de este libro— "va al encuentro del alba" y "sube el repecho cantando" hasta encontrar que "la selva toda tiene una voz clara y melodiosa".—*Juan Marín.*



"CIEN AÑOS DE POESÍA EN PANAMÁ", de *Rodrigo Miró*

Panamá le debe a Rodrigo Miró mucho más de lo que éste mismo sospecha. En los últimos diez años puede afirmarse que su tarea ha sido ejemplar. Cuanto se ha hecho en favor del conocimiento del pasado intelectual del Istmo lleva su sello. *Índice de la poesía panameña contemporánea* (1941), *Teoría de la patria*, una *Antología del cuento panameño* y ahora *Cien años de poesía en*